

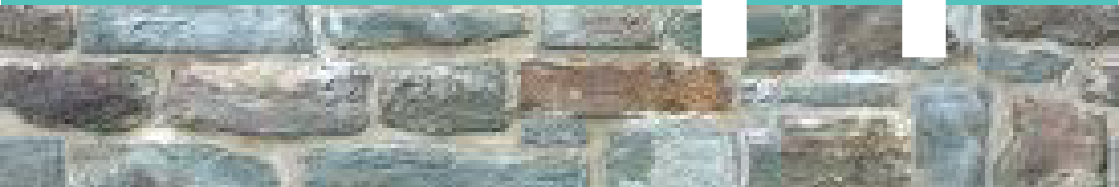


# Orden Franciscana Seglar

## Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación  
OFS Argentina 1998-2000  
Reedición 2014

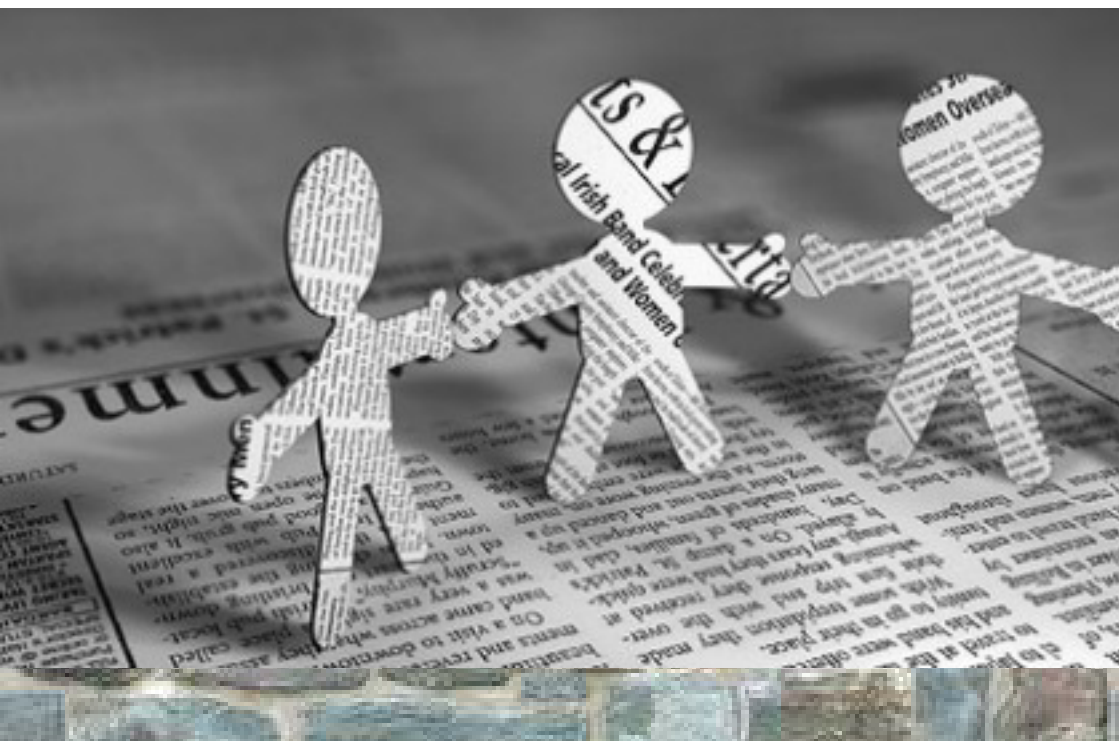
# 14



## Texto de la Regla

### Artículo 14.

Llamados, juntamente con todos los hombres de buena voluntad, a construir **un mundo más fraterno y evangélico** para edificar el reino de Dios, conscientes de que “quien sigue a Cristo, Hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre”, cumplan de modo competente sus propios deberes con espíritu cristiano de servicio..



## Contemplación:

Pablo VI pedía: “Que cada uno se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debe hacer todavía. No basta recordar principios generales, manifestar propósitos, condenar las injusticias graves, proferir denuncias con cierta audacia profética; todo esto no tendrá peso real si no va acompañado en cada hombre por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva”. (Octogesima adveniens, 48)

San Francisco exhortaba a sus hermanos diciendo: “Comencemos, porque hasta ahora bien poco hemos hecho.”

Cumplir de modo competente los propios deberes, con espíritu cristiano de servicio, para el franciscano seglar es, básicamente, PRESENCIA Y COMPROMISO EN EL MUNDO. Presencia escatológica y vital: desde el espíritu de las bienaventuranzas, evitando el terrible error de separar la santificación personal de las obligaciones que nos impone el estado seglar.

Es penoso ver cristianos a medias, anfibios, santos en la iglesia y paganos en la calle. A nosotros, desde nuestra profesión, sólo nos es permitido darle una dirección a nuestra vida: CRISTO, Y POR CRISTO AL PADRE. No podemos ser apóstoles a horas fijas, sino a tiempo completo, convirtiendo nuestro trabajo y profesión, por la integridad y honradez con que lo desempeñamos, en una cátedra de apostolado.

Estas palabras de la Madre Teresa de Calcuta iluminan el sentido de este artículo:

“La plegaria en la acción es amor, y el amor en la acción es servicio. (...) ¡Pensemos en lo que hizo Jesús durante su vida aquí en la tierra! La



dedicó a hacer el bien. Siempre recuerdo a las hermanas que los tres años de la vida evangélica de Jesús fueron invertidos en curar a enfermos y a leprosos, a niños y a otras personas; y eso es exactamente lo que hacemos nosotras, predicar el Evangelio a través de nuestras acciones. Servir es un privilegio para nosotras y lo que tratamos de ofrecer es un servicio real y sincero. Somos conscientes de que lo que hacemos no representa más que una gota en el océano, pero ese océano se reduciría sin esa gota.” (Madre Teresa de Calcuta. Camino de sencillez)

Tal es el espíritu cristiano de servicio. Por eso todos podemos acceder a él. No se nos pide nada más, ni nada menos que predicar el evangelio a través de nuestras acciones (no de nuestras declaraciones).

Preguntémonos, aquí y ahora, cuál es la gota en el océano que podemos aportar para construir un mundo más fraterno y evangélico.

Hace más de cien años, la difícil situación de los obreros desde la aparición del capitalismo, como consecuencia de la revolución industrial, dio origen a la Doctrina Social de la Iglesia. Desde entonces, ella nos da las claves para interpretar los signos de los tiempos modernos. La Doctrina Social forma parte de la doctrina cristiana. El cristiano de hoy debe analizar la realidad en que vive a la luz de su enseñanza para orientar su vida concreta y tratar de llevar a la práctica esa orientación en la familia, el barrio, el trabajo, la parroquia, la política, la acción gremial.

Construir un mundo más fraterno y evangélico, hoy, significa asumir el drama del tiempo actual: “Así el pecado convierte a los hombres en cómplices unos de otros, hace reinar entre ellos la concupiscencia, la violencia y la injusticia. Los pecados provocan situaciones sociales e instituciones contrarias a la bondad divina. Las “estructuras de pecado” son expresión y efecto de los pecados personales. Inducen a sus víctimas a cometer a su vez el mal. En un sentido análogo constituyen un ‘pecado social’.” (CIC. N° 1869)





## DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA:

LA SOLIDARIDAD “es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. (...)

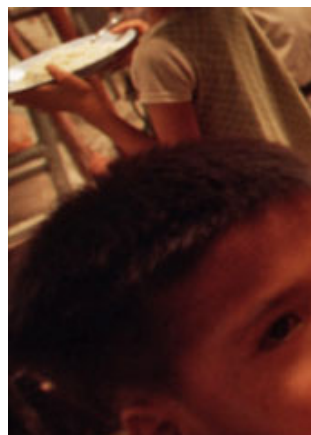
El ejercicio de la solidaridad dentro de cada sociedad es válido solo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas. Los que cuentan con más, al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes, han de sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen. (...)

La solidaridad nos ayuda a ver al otro —persona, pueblo o nación—, no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve; sino como un “semejante” nuestro, una ayuda para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. De aquí la importancia de despertar la conciencia religiosa de los hombres y de los pueblos. (...)

La solidaridad es sin duda una virtud cristiana. (...) A la luz de la fe, tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: “dar la vida por los hermanos” (cfr. 1 Jn. 3, 16) (...)

Los “mecanismos perversos” y las “estructuras de pecado” de las que hemos hablado, solo podrán ser vencidos mediante el ejercicio de la solidaridad humana y cristiana, a la que la Iglesia invita y que promueve incansablemente. Sólo así tantas energías positivas podrán ser dedicadas plenamente en favor del desarrollo y de la paz.

(Sollicitudo Rei Socialis. 38-40)



## ACTIVIDAD:

1.- Este texto aporta unas claves para comprender el sentido cristiano de la SOLIDARIDAD. Recomendamos su atenta lectura en fraternidad a fin de discernir en común:

a. Relación entre SOLIDARIDAD y BIEN COMÚN.

b. Relación entre el concepto de enemigo como prójimo, tal como aparece en el texto y:

CARTA A UN MINISTRO

Mt. 5, 43-48

2.- Leer ISAÍAS 58, 1. 6-7 y reflexionar para responder estas preguntas:

a. ¿Qué misión le encomienda Dios a su profeta? ¿Para qué?

b. ¿Quiénes deberían cumplir la función de profetas hoy? ¿Por qué? ...y, entonces, ¿qué deberían hacer? Escribir algunas acciones prácticas concretas y realizables en el barrio, la parroquia, la escuela, el hogar, en orden al cambio social.



## EN LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

### Hacerse hermano es abrirse a lo universal

Hacerse hermano de los demás es ir entrando poco a poco en la visión universal del corazón de Dios. Ninguna comunidad evangélica, familiar, parroquial o religiosa puede sobrevivir más que intentando acoger a todos. La tentación de todas las relaciones humanas es la de encerrarse cómodamente dentro de un universo cálido y bien protegido.

Francisco quiso siempre ser un hermano universal, preocupado por todos los hombres. Y como no podía visitarlos a todos y a cada uno, escribió cartas fraternales a los cristianos y a los habitantes de todo el mundo:

«A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, así hombres como mujeres, Y a todos los que habitan en el universo mundo, fray Francisco, su siervo y súbdito, saluda con reverencia y desea la verdadera paz del cielo y la sincera caridad en el Señor.

Siendo yo siervo de todos, estoy obligado a servir a todos y a enseñarles las aromadas palabras de mi Señor. Por lo cual, considerando que no puedo visitar a cada uno de ustedes personalmente, a causa de la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, he determinado manifestar, por las presentes letras, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que son espíritu y vida». (Primera carta a todos los fieles, 1-3).

No hay vida fraternal sin esa preocupación por abrir el corazón, la casa, la fraternidad, el hogar a los demás.

Francisco hizo de la acogida calurosa y sencilla uno de los rasgos característicos de la fraternidad franciscana:

«Cualquiera que a ellos viniere, amigo o enemigo, ladrón o salteador, con benignidad sea recibido. Y en cualquier lugar donde los frailes se hallaren, espiritualmente y con diligencia. se deben reverenciar y honrar unos a otros, sin murmuración. Y guárdense de aparecer tristes, ceñudos e hipócritas; mas muéstrense contentos en el Señor, alegres y religiosamente graciosos” (1R 7,14—15)

Esta acogida incondicional de todos, particularmente de los más alejados del amor, la arraiga Francisco en una esperanza inquebrantable en la bondad fundamental del hombre. Ni siquiera el pecador tiene el poder de destruir en él la imagen de Dios. Pero no por eso es Francisco un optimista ingenuo. Sabe perfectamente que el hombre es capaz de rechazar y de destruir el amor. En sus predicaciones llenas de coraje, no tiene reparos en hacer severas advertencias a los pecadores arrogantes o despreocupados. Les recuerda con frecuencia que el hombre es responsable y que no se escapa de las consecuencias de sus actos. Pero está convencido de que, mientras el hombre siga siendo ese pere-



grino en vías de plenitud, lo persigue siempre la misericordia de Dios. Francisco no desespera nunca de los recursos del corazón humano y del poder de la gracia divina. (...)

### **La vida fraternal debe tender a la comunión en la diferencia**

La iglesia es un cuerpo vivo con diversos miembros, no un regimiento. Es sinfónica y no monolítica. Es todo lo contrario de una ideología totalitaria. Francisco no quiere ser «el» modelo de la vida evangélica. Tiene conciencia de tender hacia esa perfección por un camino más entre los muchos que hay. No es el ideal que hay que copiar, sino un inspirador de vida. No hay respuestas hechas para cada uno. Cuando sus primeros compañeros fueron a buscarlo para vivir como él, él los condujo al evangelio...

«Dinos qué hemos de hacer con nuestros bienes. Su venida y su decisión le causaron una inmensa alegría y les respondió gentilmente: ‘Vamos juntos y pidamos consejo al Señor’” (Anónimo de Perusa, 10a).

Ricos mercaderes, juristas, hombres del pueblo, nobles, caballeros, clérigos, todos estos hermanos serán aceptados por Francisco en su gran diversidad. Francisco siente un maravilloso respeto por el camino de cada uno, con su pasado, su presente y su futuro. Reconoce que la santidad del uno no es la del otro. ¡Hay tantas maneras de seguir a Cristo y de responder a la llamada del amor! El no buscó, como buscamos todos instintivamente, a los hermanos conformes con sus ideas, sino que ayudó a cada uno a dar toda su medida siendo evangélicamente lo que era. Su única preocupación fue la de abrir a cada hermano, con sus dones y sus limitaciones, al Espíritu del Señor. Su alegría consistió en invitar a cada hermano a llegar hasta el fondo de sus posibilidades, de las exigencias y de las llamadas que llevaba en su interior.

A este propósito, un capítulo de una recopilación biográfica bastante tardía nos refiere un relato muy sabroso que nos revela perfectamente la originalidad de la mirada de Francisco sobre sus hermanos:

“Aseguraba que sería un perfecto fraile menor aquel que reuniese en sí mismo las virtudes y género de vida de los siguientes santos religiosos: la fe de fray Bernardo y su amor a la pobreza, la sencillez y pureza de fray León, la afabilidad de fray Angel, los finos modales y agradable conversación de fray Maseo, el espíritu de contemplación de fray Gil, la actividad constante de fray Rufino, que oraba siempre sin interrupción, la paciencia de fray Junípero, la fortaleza espiritual y corporal de fray Juan de Laudibus, la caridad de fray Rogerio, la diligente solicitud de fray Lucio, sobre todo cuando se trataba de permanecer en un mismo lugar, cosa que le contrariaba, y si alguna vez comprendía que se aficionaba a ello, luego procuraba cambiar de lugar diciendo: ‘No tendremos mansión fija aquí en la tierra; la tendremos solamente en el cielo’ ” (Cf. Espejo de perfección, 85)

Así, cuando le pidieron que trazara el retrato del hermano menor perfecto, Francisco describió la vida de diez de sus hermanos. Para él, la perfección evangélica no era un ideal abstracto, un modelo prefabricado de antemano. En su cabeza no lleva un retrato-robot del hermano menor. No existe una santidad standard. La perfección evangélica es un ideal tan grande que es preciso realizarlo entre muchos, y siempre y en todo comunitariamente. Es todo lo contrario de una ideología. Es la comunión fraternal en la diferencia. Casi lo mismo que sucede con cada nota de música, que sólo adquiere todo su valor en el interior de una partitura musical. Y lo que es verdad a nivel de cada uno de los hermanos, lo es también a nivel de las fraternidades, de los grupos o de las parejas matrimoniales. ¿Qué es una comunidad cristiana ideal? Podríamos responder como Francisco: es aquella que vive intensamente la oración de ese grupo de hermanos, la que vive la fe y la esperanza de aquel otro, la que vive el compromiso de la justicia del grupo de más allá. Se necesitan muchas fraternidades, muchos grupos cristianos para vivir toda la perfección evangélica. En vez de excluirse o de ignorarse, todos deberían maravillarse de su diversidad, encontrarse mutuamente para enriquecerse todos juntos y descubrir lo que es la verdadera fraternidad evangélica.

¿Y nosotros mismos? ¿Qué mirada dirigimos a los demás? ¿Somos capaces de citar para cada uno de nuestros hermanos, para cada una de nuestras fraternidades, una cualidad dominante? Discernir en cada uno una manifestación del Espíritu y una llamada a nosotros mismos: ese es el secreto del asombro de Francisco. Observemos cómo no se detiene voluntariamente más que en el aspecto positivo de sus hermanos, en lo que hay de hermoso y de bueno en cada uno. Habría podido perfectamente, como hacemos nosotros con toda espontaneidad, hacer la lista de sus defectos; porque esas cualidades tenían también probablemente su otra cara. La distinción natural del hermano Maseo seguramente ocultaba a la vez cierta vanidad que tenía que purificarse; la Itinerancia del hermano Lucio no estaría muy lejos de la inestabilidad de carácter que no siempre resulta fácil de soportar día tras día...

Pero Francisco no se interesa más que por la luminosidad de sus vidas donde quedaban absorbidas las sombras. Para él, el bien pesa mucho más que el mal; los gérmenes de vida, las semillas de trigo parecen mucho más importantes que los gérmenes de muerte y las semillas de cizaña. En ese terreno humano, en donde brota lo mejor y lo peor, quiere cultivar el grano diminuto del Reino, que se empeña en abrirse camino dentro de cada uno de nosotros. Y sabe hasta qué punto ese grano tan frágil de la vida evangélica tiene necesidad de sol y de amor para poder desarrollarse. Si no siente sobre sí el calor de una mirada llena de confianza, corre el peligro de verse muy pronto ahogado por la cizaña.

## La vida fraternal es el primer acto misionero de los discípulos de Cristo

Cristo ha proclamado: «Por esta señal reconocerán que son discípulos míos: por el amor que se tengan unos a otros» (Jn 15, 16). En otras palabras, Jesús no nos ha dejado más que una sola señal para que se reconozca su presencia en medio de sus hermanos: la señal del amor. Francisco lo comprendió. Él hizo de la vida fraternal el primer acto misionero, el primer apostolado de sus hermanos. Vivir como hermanos tiene que ser una buena nueva en actos, una acción profética de esperanza para todos los hombres. Vivir como hermanos. Construir la fraternidad universal: he aquí la primera misión que han de realizar los frailes menores.

Y de hecho, si leemos las biografías primitivas, podemos constatar que la calidad evangélica de las relaciones entre los hermanos fue realmente el choque definitivo que conmocionó a sus contemporáneos. En un mundo de conflictos, dividido ya en clases sociales incluso dentro de los monasterios, la fraternidad de los primeros hermanos explotó como un nuevo amanecer. Aquellos hombres salidos de los más variados ambientes, que vivían en la igualdad, desconcertando las estructuras verticales de la sociedad civil y religiosa, su simplicidad y su aleare humildad: aquello era realmente una buena nueva para todos los hombres.

La fraternidad, tal como Francisco la quiso y la vivió, es de una urgente y acuciante actualidad. Basta con estar atentos a las grandes aspiraciones de los jóvenes, que a veces se dejan seducir por cualquier tipo de sectas. Su espera y su inquietud son el mayor desafío lanzado a los cristianos de hoy. En este terreno es donde el carisma franciscano tiene las mayores oportunidades para el futuro. La gran familia franciscana debería ofrecer por todas partes lugares privilegiados en donde cualquier hombre pudiera descubrirse hermano, lugares en donde cada uno, simpático o repulsivo, rico o marginado, fuera acogido con respeto por él mismo. Todo discípulo de Cristo debería sentir esta pasión: crear lugares de fraternidad. Y esto tanto en el ámbito de las fraternidades religiosas y seglares como a nivel de las estructuras parroquiales y civiles. Intendentes del cariño de Dios, nuestra primera misión consiste en hacer amar el amor salvador de Cristo. Toda fraternidad, todo grupo de cristianos debería ser un esbozo modesto, pero real, del Reino de Dios. A través de la calidad de nuestras relaciones, va surgiendo un trozo de este Reino lentamente en medio de las tinieblas del mundo. Hermanos y hermanas de Cristo, deberíamos poder decir a todos los que nos rodean que Dios se ha acercado hasta nosotros. Somos portadores de una formidable esperanza sin la cual la tierra se hundiría en la desesperación. Nuestra primera conversión consiste en ir haciéndonos un poco más cada día un hermano para con todos. Y esto supone que tenemos que amar a nuestro mundo de hoy tal como es, con sus grandezas y sus miserias. Es precisamente este mundo, y no el mundo que soñamos, el que Cristo ama y desea salvar. Francisco nos invita a cultivar esta mirada lúcida,

admirativa, benévola, fraternal y nunca llena de amargura sobre toda la creación de Dios. Cuando unos hermanos y unas hermanas descubren que no se han reunido tan sólo para ellos, sino para acoger y extender este don de Dios, entonces se borran y se relativizan muchos de los problemas internos que hasta entonces les preocupaban.

El dinamismo misionero de una fraternidad es fuente de unidad. Un grupo de cristianos que se encierra dentro de sí mismo acaba resbalando en sus propios problemas y en sus tensiones internas. La misión nos libera de nosotros mismos. En el fuego de Pentecostés es donde los apóstoles, tan diferentes unos de otros, encontraron su verdadera unidad.

Hubaut, M. "El Camino Franciscano"

## Oración:

Señor Jesús:  
Quiero ver al mundo con tus ojos.

Ver lo que es,  
con la esperanza de lo que está llamado a ser.

Envíame tu Espíritu  
para que mi paso por este mundo sea para edificar el Reino.

Ya he vivido una vida vana durante demasiado tiempo.  
Quiero involucrarme en los problemas reales de mi pueblo.  
Denunciar el pecado de la injusticia y  
proclamar la esperanza de un orden más justo.  
Quiero ser una gotita, una gotita pequeña,  
pero en el océano de tu amor.

Amén.

